

# IV Domingo Pascua

*Hechos de los apóstoles 13, 14. 43-52; Apocalipsis 7, 9. 14b-17; Juan 10, 27-30*

**«Mis ovejas escuchan mi voz y yo las conozco, ellas me siguen y yo les doy la vida eterna»**

*21abril 2013 P. Carlos Padilla Esteban*

**«Hay muchos hombres perdidos, sin paz, que no encuentran un sentido a sus vidas, y nosotros nos quedamos en la comodidad del redil, cuidando lo que ya tenemos»**

¿Quién pastorea nuestra vida? ¿Quién pone orden en nuestro corazón, en nuestros pensamientos, en nuestros sueños? ¿A quién o a qué consagramos nuestra vida? ¿A quién le pedimos consejos, a quién obedecemos? Son preguntas que nos colocan ante las decisiones importantes en nuestra vida. O ante esas decisiones menos importantes pero que nos van haciendo como personas. Nuestros actos suelen ser consecuencia de las prioridades que hemos puesto en el corazón. A veces podemos sorprendernos haciendo lo que no esperábamos, cayendo o cometiendo torpezas imprevistas. Pero lo normal es que nuestro actuar esté en consonancia con nuestra forma de pensar. Nuestros gestos nos delatan. Expresan nuestro mundo interior, porque normalmente no improvisamos. A veces vemos gestos que nos convueven en personas a las que comenzamos a descubrir. Gestos que hablan de convicciones, gestos no improvisados, gestos que no obedecen a una actitud pensada, como queriendo dar una imagen distinta de la realidad. Son los gestos que interpretamos como una luz en medio de mucha oscuridad. Entonces diríamos que en esas personas, como es el caso del Papa Francisco, no hay doblez, porque son auténticas. Como Jesús, cuando vio a Natanael bajo la higuera, y exclamó: «Ahí tenéis a un israelita de verdad, en quien no hay engaño». Jn 1, 47. Deseamos ver siempre gestos que sean auténticos, limpios, nítidos. Deseamos la transparencia y la verdad, en nosotros y en los demás. Porque vemos con tristeza, en otras ocasiones, otros gestos, otras verdades que salen a la luz pública y nos hablan de deshonestidad, de mentiras, de falsedad en la vida de personas que, por sus cargos, deberían ser una referencia. Queremos crecer en el camino de la verdad, de la autenticidad de vida. Por eso nos preguntamos: « ¿Cuántas palabras sobran entre nosotros? ¿Cuánta habladuría, cuánta difamación, cuánta calumnia? ¿Cuánta superficialidad, banalidad, pérdida de tiempo? Un don maravilloso como es la capacidad de comunicar ideas y sentimientos, que no sabemos aprovechar y valorar en toda su riqueza. ¿Sería posible que estuviéramos más atentos a lo que decimos de más y a lo que decimos de menos?»<sup>1</sup>. Nuestras palabras a veces sobran y otras veces son importantes. Pero nuestros gestos siempre son definitivos, porque es un lenguaje no verbal que todos entienden. Un gesto puede ser teatro, puede ser fingimiento, puede ser mentira. Eso es lo que no queremos. Deseamos que nuestros gestos siempre estén en consonancia con nuestra forma de pensar, con nuestras creencias, con nuestro credo inscrito en el corazón, con nuestros amores. **La fe grabada en el alma se ha de manifestar en obras, porque si no, acabará siendo una fe muerta.**

**Hoy es el domingo del Buen Pastor y miramos a Cristo como nuestro Buen Pastor.** Se manifiesta siempre ante nosotros como aquel que guía nuestros pasos, con sus palabras, con sus gestos de amor. Dice hoy el salmo: « Aclama al Señor, tierra entera, servid al Señor con alegría, entrad en su presencia con vítores. Sabed que el Señor es Dios: que Él nos hizo, y somos suyos, su pueblo y ovejas de su rebaño. El Señor es bueno, su misericordia es eterna, su fidelidad por todas las edades». Sal 99, 2. 3. 5. El buen Pastor es Cristo, porque Él nunca se olvida de sus ovejas y las cuida: «En aquel tiempo, dijo Jesús: - Mis ovejas escuchan mi voz, y yo las conozco, y ellas me siguen, y yo

<sup>1</sup> Sergio Rubín, Francesca Ambrogetti, Jorge Mario Bergoglio, “El Jesuita”, 189

*les doy la vida eterna; no perecerán para siempre, y nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre, que me las ha dado, supera a todos, y nadie puede arrebatarlas de la mano de mi Padre. Yo y el Padre somos uno.». Juan 10, 27-30.* Jesús nos ama, nos conoce. Ama a las ovejas que tiene en su redil porque las conoce y las quiere. Se preocupa de ellas y comparte la vida a su lado. Pero también ama a las que están fuera, a las que no le aman a Él y no lo buscan como pastor. Ama a los que no conocen su voz y no lo siguen por los caminos. Ama a esas ovejas esquivas, lejanas, distantes. Esas ovejas que evitan su amor, su cercanía y su presencia. El buen Pastor ama a las ovejas perdidas, esas ovejas que viven sin rumbo fuera del redil. Ama a la oveja perdida que no encuentra su camino, ni su felicidad. Esa oveja que vive en la oscuridad de su vida. Por eso nos invita hoy Cristo a ser pastores capaces de dejar nuestra seguridad, dejar a las 99 ovejas ya seguras, para ir a buscar a la que no está bien cuidada. Así nos lo recuerda el Papa Francisco: «*El que no sale de sí, en vez de mediador, se va convirtiendo poco a poco en intermediario, en gestor. Todos conocemos la diferencia: el intermediario y el gestor 'ya tienen su paga', y puesto que no ponen en juego la propia piel, ni el corazón, tampoco reciben un agradecimiento afectuoso que nace del corazón. Son sacerdotes, que terminan tristes y convertidos en una especie de coleccionistas de antigüedades o bien de novedades, en vez de ser pastores con 'olor a oveja', pastores en medio de su rebaño y pescadores de hombres.*

Es necesario salir a buscar la oveja perdida. Hace falta mucho espíritu misionero para vencer la seguridad del hogar y arriesgar la tranquilidad de las ovejas seguras. Dice el Evangelio: «*¿Qué hombre de vosotros, teniendo cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va tras la que se perdió, hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, la pone sobre sus hombros gozoso; y al llegar a casa, reúne a sus amigos y vecinos, diciéndoles: -Alegraos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido. Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento.*» Lc 15, 4-7. Implica mucho riesgo dejar a las que ya están en casa. Pero es necesario aprender a dejar a 99 ovejas en el desierto, arriesgando su salud, por amor a la perdida. Puede surgir la duda justificada: ¿Y si se pierden las que están en el redil? Muchas vidas buscan esperanza y no la encuentran. Muchas otras vidas se pueden perder en el desierto. ¿No estamos arriesgando demasiado? Tenemos vocación misionera. No podemos contentarnos con lo que ya hemos conseguido. Nuestra comodidad juega en nuestra contra. **Hay muchos hombres perdidos, sin paz, que no encuentran un sentido a sus vidas, y nosotros nos quedamos en la comodidad del redil, cuidando lo que ya tenemos.**

**¿Por qué no salimos de nuestra comodidad? Porque tememos el rechazo.** Jesús también experimentó ese abandono cuando pronunció estas palabras: «*Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no tendrá hambre y el que cree que mí no tendrá sed.*» Jn 6,35. Y muchos se fueron y no volvieron a ir con Él, porque no comprendieron sus palabras, porque eran demasiado grandes y difíciles de entender para su amor humano. «*Después de oírlo, muchos de sus discípulos decían: - ¡Es duro este lenguaje! ¿Quién puede escucharlo? Desde ese momento, muchos de sus discípulos se alejaron de Él y dejaron de acompañarlo.*» Jn 6,60.66. ¡Qué tristeza y qué fracaso! Ahí empezó Jesús a partirse por amor. Me conmueve que se vuelva a sus amigos, con anhelo: «*Jesús preguntó entonces a los Doce: - ¿También vosotros queréis irnos?*» Jn 6,67. Quizás necesitaba el apoyo de los más cercanos, de sus amigos, ¡qué humano! Pero ellos permanecen a su lado: «*Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de Vida eterna.*» Jn 6,68. Permanecen con Él en el fracaso y en la soledad. Cuando no lo aclaman, cuando las masas no lo buscan. Jesús experimentó el rechazo y el abandono de los hombres. No sólo al pie de la cruz, también antes, cuando sus palabras eran demasiado exigentes, cuando el cambio que exigían en el alma era muy radical. Muchas de sus ovejas amadas se apartaron de su camino. Muchas ovejas que estaban perdidas nunca quisieron seguir su voz. Él salió a buscarlas y no obtuvo respuesta, no encontró su apoyo. Vivió el fracaso y no se cansó de llamar a los suyos, a los que no le buscaban. Igual que nosotros mismos tantas veces. Pero nosotros, ante el menor fracaso nos cansamos, dejamos de insistir y nos olvidamos. ¿Cómo vivimos el fracaso? Hoy colocamos en el corazón herido del Señor todos nuestros fracasos. Normalmente nos gustan los éxitos y los agradecimientos, y no el esfuerzo que no obtiene

fruto. Nos cuesta mucho aceptar los fracasos de la vida, el rechazo y el vacío. Entonces, por miedo a otro posible fracaso, acabamos perdiendo el espíritu intrépido y nos asustamos ante la vida. **Hoy nos invita el Señor a seguir sus pasos. A no cansarnos. A no cejar en nuestro empeño de dar la vida.**

**Siempre me impresiona el espíritu misionero de la primera Iglesia, esa Iglesia recién fundada y llena de vida.** No se cansan de llevar el Evangelio y poner su vida como prenda. No temen el rechazo, no se asustan ante los fracasos humanos: «*Pablo y Bernabé siguieron hasta Antioquía; el sábado entraron en la sinagoga. Muchos judíos y prosélitos practicantes se fueron con Pablo y Bernabé, que siguieron hablando con ellos, exhortándolos a ser fieles a la gracia de Dios. El sábado siguiente, casi toda la ciudad acudió a oír la palabra de Dios. Al ver el gentío, a los judíos les dio mucha envidia y respondían con insultos a las palabras de Pablo. Entonces Pablo y Bernabé dijeron sin contemplaciones: - Teníamos que anunciaros primero a vosotros la palabra de Dios; pero como la rechazáis y no os consideráis dignos de la vida eterna, sabed que nos dedicamos a los gentiles. Así nos lo ha mandado el Señor: - Yo te haré luz de los gentiles, para que lleves la salvación hasta el extremo de la tierra. Cuando los gentiles oyeron esto, se alegraron y alababan la palabra del Señor; y los que estaban destinados a la vida eterna creyeron. La palabra del Señor se iba difundiendo por toda la región. Pero los judíos incitaron a las señoritas distinguidas y devotas y a los principales de la ciudad, provocaron una persecución contra Pablo y Bernabé y los expulsaron del territorio. Ellos sacudieron el polvo de los pies, como protesta contra la ciudad, y se fueron a Iconio. Los discípulos quedaron llenos de alegría y de Espíritu Santo».* Hechos de los apóstoles 13, 14. 43-52. Los discípulos fracasan, son rechazados, y permanecen, pese a todo, llenos de alegría. ¿Cómo lo consiguen? Nosotros fracasamos y no permanecemos llenos de alegría. No deja de ser sorprendente su actitud. ¿Cómo puede alegrarse el corazón en el fracaso, en la soledad, en el abandono? ¿Cómo se recibe ese espíritu que no se desanima con nada en la vida, que no cede ante la primera dificultad en la lucha? El corazón se hace fuerte en el sacrificio, en el sufrimiento. El corazón es verdad que tiene miedo, aunque la audacia supera las reticencias que el miedo nos impone. Nos gustaría tener valor para salir a proclamar la alegría de ser cristianos. Sin miedo, sin imponer. Porque no se trata de imponer nada. Hay personas que ven un bien y te lo quieren imponer como camino de vida. No respetan la libertad. El cristiano, por su parte, no impone la verdad, no la exige, sólo la propone, como hacia Cristo. Por eso puede alegrarse en el fracaso, porque no es su Reino, es el Reino de Cristo y de María, por el que entrega la vida. No es a nosotros a quien acogen, a quien siguen y, por lo tanto, tampoco a nosotros nos rechazan cuando rechazan a Cristo. Porque es a Cristo a quien no quieren seguir, es su obra y su Reino el que les provoca un rechazo. Nos damos cuenta de la importancia de nuestra acción. Sabemos que no podemos permanecer pasivos en la vida. Y comprendemos que nuestra labor es importante, pero no imprescindible. **Por eso somos capaces de asumir con paz el éxito y el rechazo.**

**Lo cierto es que todos tenemos la vocación de ser ovejas antes de ser pastores.** Hoy miramos a Cristo, nos acercamos para estar en su presencia, para aprender a mirar a los hombres como Él los mira, con misericordia, con deseo. Nos acercamos para descansar en sus pastos, para dejarnos arrullar por su voz, para alimentarnos de su Pan que se parte y beber de la fuente que mana de su corazón. Queremos pertenecer a sus ovejas predilectas, amadas y reconocer en cada momento su voz. Decía el Papa Francisco: «*Dios es siempre fiel; Dios es siempre fiel a nosotros. Estar resucitados con Cristo por el bautismo, con el don de la fe, nos lleva a buscar aún más las cosas de Dios, a pensar más en Él, a rezarle más. Ser cristiano no se reduce a seguir órdenes, sino que significa estar en Cristo, pensar como Él, actuar como Él, amar como Él; es dejar que Él tome posesión de nuestra vida y que la cambie, la transforme, la libere de las tinieblas del mal y del pecado».* Cuando nos dejamos modelar por Cristo logramos que Él tome posesión de nuestra vida. Es la vida de la oveja que obedece y se acerca. Ser oveja implica una renuncia a los egoísmos para revestirnos de su amor, de su mismo olor. Un olor distinto al nuestro. Porque el olor de oveja es otro. ¿Cómo huelen las ovejas? Huelen a la tierra, a la vida. Huelen a debilidad, hueulen a herida. Es un olor muy propio que no habla de

perfección. La oveja vive en medio del mundo y se lleva prendido en la piel algo de su esencia. No podemos renunciar a ese espacio en el que derramamos la sangre cada día, en el que amamos y odiamos, vivimos y morimos lentamente. Ese mundo en el que nos entregamos y retenemos, acariciamos y herimos, soñamos y reímos. Ese mundo en el que echamos raíces y crecemos, y nos dejamos llevar por la vida, andando con frecuencia algo perdidos. Porque lo sabemos, «*el gran problema de nuestro tiempo es que vivimos descentrados. Metidos en un sinfín de cosas, presionados por las responsabilidades, agobiados y sin tiempo, terminamos por sentirnos atomizados. Increíblemente, en vez de establecer prioridades o parar no sólo para estabilizarnos sino para hacer balance y reorganizar nuestras prioridades, da la impresión de que nos convencemos de que no hay otro modo de vivir. Vamos sacrificando el tiempo de lo realmente importante, el de estar solos con nosotros mismos, con aquellos que amamos y con Dios*»<sup>2</sup>. Como ovejas vivimos enmarañados, perdidos, sin rumbo, sin pastores que nos guíen. Buscando referencias a nuestro alrededor y sin mucha paz. **No tenemos tiempo para buscar a Dios alzando la mirada y andamos sin levantar la cabeza oliendo la tierra. Por eso olemos tanto a mundo, porque el mundo nos retiene con fuerza y no nos deja tiempo para Dios.**

**La oveja anhela reconocer la voz del pastor, porque en su vida se ha acostumbrado a seguir a alguien.** Todos seguimos a alguien. Nos dejamos llevar por la moda, por las opiniones de los amigos, por las expectativas de los que nos quieren. Obedecemos sin darnos cuenta y nos amoldamos a lo que la vida y los demás esperan de nosotros. A veces somos muy borregos y nos dejamos masificar fácilmente. Hacemos lo que otros hacen para no quedar mal, opinamos como la mayoría para no desentonar y nos cuesta llevar la contraria cuando tenemos otras creencias. Nos acomodamos como ovejas y perdemos nuestras personalidad y con ella nuestro propio credo. Entonces la oveja acaba oliendo a rutina, a pereza, a dejadez y miedo. Se llena de oscuridad el alma cuando no reconocemos pastores que nos muestren el sentido de lo que vivimos. ¿Qué queremos hacer con nuestra vida? Una persona me decía: «*Sería más fácil si supiera qué tengo que hacer con mi vida*». Es cierto, sería más fácil, es más fácil cuando tenemos algunas certezas. Cuando sabemos el rumbo no nos salimos tanto del camino marcado, reconocemos la voz del Pastor, y entonces es fácil volver a casa cada día, sin la tentación de huir. Alcanzamos la paz del corazón al reconocer que estamos haciendo lo que Dios quiere, donde Dios lo quiere y como Dios lo quiere. Cuando no es así buscamos desesperadamente que los demás aprueben lo que hacemos y nos comparamos enfermizamente con los otros queriendo encontrar otros prados mejores que aquellos que nos han caído en suerte. No obstante, lo cierto es que no es tan fácil. La oveja se pierde fácilmente. Queremos hoy crecer como ovejas. Aprender a caminar ascendiendo cumbres. Decía Rafael Nadal: «*Si uno se supera, eso es lo que te da la satisfacción personal. Lo que te da la satisfacción no es tener el trofeo aquí a mi lado, sino el camino, todo lo que has hecho para llegar a esta situación. Sin sufrimiento, no hay felicidad*». La felicidad anhelada, esa que buscamos con desesperación, se encuentra en la entrega sacrificada, en la renuncia cotidiana. Es la renuncia y el sacrificio que duelen, la soledad que nos impone, la entrega que nos desgarra el corazón. Pero no estamos acostumbrados a sufrir y nos gusta sólo disfrutar de las cosas buenas, del mundo. **Pero son esas pequeñas renuncias, esos sacrificios callados, los que nos educan y nos enseñan a caminar.**

**Este domingo se nos invita a cuestionarnos sobre nuestra vocación de pastor.** Somos ovejas y somos también pastores. ¿Dónde quiere Dios que seamos buenos pastores? Es la pregunta más personal y profunda sobre nuestra verdadera vocación. ¿Qué espera Dios de nosotros? Sabemos que hoy hacen falta sacerdotes, pastores con olor a oveja en medio del mundo. Es necesario encontrar hombres que reflejen la paternidad de Dios, el rostro de Cristo, en la Iglesia. Padres, pastores, dispuestos a entregar la vida sin guardar nada. Toda decisión vocacional es un sí a la vida, aunque todo camino siempre supone renuncias: «*El inicio del camino al sacerdocio no es un ‘no’ sino un ‘sí’, un ‘sí’ a un proyecto de Dios que, como consecuencia, tiene ‘noes’. No sólo a otras personas, sino a tiempos, gustos, preferencias, incluso a proyectos, pero que se asumen*

---

<sup>2</sup> Alberto Reyes Pías, “Historia de una resistencia”, 114

*porque es mucho más importante mantener aquel ‘sí’ y abrirse a las consecuencias permanentes de ese ‘sí’. El amor es una elección que implica muchos cambios en la propia vida, pero esa elección no es obligatoria»<sup>3</sup>. Vivimos una cultura de la indecisión, o de la postergación indefinida de nuestras decisiones. Da miedo el compromiso, nos asusta dar saltos que exijan entregarlo todo. Hoy pedimos por vocaciones sacerdotales, consagradas. Hombres que entiendan su papel de pastores en medio del mundo. Con el riesgo que implica salir al mundo a encontrar la oveja perdida. Pero sin miedo al fracaso. Y con el deseo de que nuestros gestos reflejen el amor de Pastor, el amor de Cristo que se parte y dona, que sufre y ama, que se abaja y humilla, para levantar con dolor al que ha caído.*

**Los rasgos del Buen Pastor nos hacen hoy reflexionar.** Porque hoy todos nos cuestionamos sobre nuestra vocación de pastor. Todos somos pastores en algún ámbito de nuestra vida. Puede que nuestro rebaño sea nuestra familia, o nuestro mismo trabajo, o ese círculo amplio de amigos y conocidos, o la misma Iglesia. En esos ámbitos queremos asemejarnos a Cristo, el Buen Pastor. **Meditamos en primer lugar el hecho de que el buen Pastor ama a los que le han sido confiados.** La fidelidad del Pastor se convierte en escuela para nosotros que tantas veces somos infieles. El pastor ama desgastándose por entero. El amor nos exige siempre dar la vida, no guardar nada. Pero, ¿hasta dónde hay que dar? ¿Cuánto tenemos que entregar? ¿Cuándo hay que decir basta? Nos dice Cristo: «*El buen pastor da su vida por sus ovejas*». Cristo dio su vida en el camino y dio su vida en la cruz. Decía el P. Kentenich: «*Nuestra vida tiene que ser de una pieza, una unidad. ¿Hasta dónde tiene que llegar la fidelidad del pastor? Yo doy mi vida por mis ovejas. Esto significa en primer lugar: renuncio a mí mismo- morir místicamente*»<sup>4</sup>. Nuestro amor está dispuesto a renunciar hasta el extremo, a morir místicamente. Es el amor del pastor que se da sin medida. Pero, lo sabemos, «*amar no es fácil, porque amar es darse, ejercitando la capacidad de donación que nos hace estar cada vez más pendientes del otro y menos pendiente de nosotros mismos y haciendo de la felicidad del otro un alimento de nuestra propia felicidad. Eso no quita nuestra necesidad de recibir*»<sup>5</sup>. Es un amor que se preocupa por los problemas de los suyos. Que toma en su corazón todo lo que inquieta sus vidas. Es un amor que no pone límites en su disponibilidad, siempre está ahí, como una roca, como un árbol de raíces profundas que no cede a la corriente. El amor de Pastor une a los que ama al corazón de Cristo. Así rezaba el P. Kentenich: «*Por esto, a cuantos me son queridos, nuevamente los inscribo en tu corazón a sangre y fuego y recorro sin angustia el camino de vida que la sabiduría del Padre ha previsto. Si El quiere escoger mi vida como prenda, la pongo alegremente a su disposición*»<sup>6</sup>. Es un amor que conduce hacia el Padre, hacia Cristo, hacia María. El buen Pastor entrega su vida en el cuidado de los que Dios le confía. Se pone por entero a su disposición. Con su vida, con todo su ser. Decía el P. Kentenich: «*Me pongo, por lo tanto, enteramente a su disposición, con todo lo que soy y tengo; con mi saber y mi ignorancia, con mi poder y mi impotencia, pero, sobre todo, les pertenece mi corazón*»<sup>7</sup>. **El Pastor pone como prenda su propio corazón. No se entrega a medias, se entrega siempre por entero.**

**El buen Pastor educa con paciencia.** Siempre nos gusta más la imagen del pastor que acoge y cuida; nos alegra pensar en los pastos verdes y en las fuentes de agua que sacian la sed. Pero el pastor también educa. Cristo nos educa y nos cuesta dejarnos educar. Porque la educación duele y exige. Porque nos resistimos al cambio. Porque nos

---

<sup>3</sup> Alberto Reyes Pías, “Historia de una resistencia”, 89

<sup>4</sup> Rafael Fernández, “Manual del dirigente”, 41

<sup>5</sup> Alberto Reyes Pías, “Historia de una resistencia”, 125

<sup>6</sup> J. Kentenich, “Hacia el Padre”, oración del Pastor

<sup>7</sup> J. Kentenich, “Acta de refundación”, 1912

gusta seguir haciendo lo que siempre hacemos y los cambios posibles nos asustan. Porque no nos vemos capaces de hacer las cosas de una forma diferente. No obstante, cuando Cristo nos educa, logra sacar lo mejor de nosotros, engendra vida. Decía el P. Kentenich: «*Educar es un mutuo acto de generar vida. He ahí el secreto de la educación, del proceso generador. Si no estoy abierto a los valores de los que me fueron confiados, ellos tampoco estarán abiertos a los míos*»<sup>8</sup>. La educación es un intercambio de vida. La vida que tiene el pastor, la vida que tienen sus ovejas. Cristo nos da su vida y nosotros le entregamos nuestra vida. Al mismo tiempo, nosotros, a imagen del Pastor, educamos de la misma manera. El pastor que educa no exige lo que no vive, no pide lo que no hace. Sólo pide lo que ha conquistado o lo que desea conquistar cada mañana. No deja de mirar a las cumbres, para no conformarse con la aridez de la tierra. Así deberíamos educar nosotros, desde el ejemplo, desde la vida, desde las cumbres. A veces nos quedamos en las teorías y los «*tú deberías*» nos llenan el corazón de desazón. Educar, por el contrario, consiste en despertar vida en los que se nos confían. Que nuestra vida engendre vida, que nuestras palabras den vida nueva. Además educar exige que estemos siempre abiertos para aprender de aquel al que educamos. El educador aprende del educando, recibe de él. Se abre a la vida que tiene delante. La oveja tiene algo que enseñar al pastor. Aunque nos parezca imposible. Cuando el educador piensa que ya no tiene nada que aprender, cuando se siente obligado a saberlo todo, a tenerlo todo, a responder a todas las preguntas, no crece. Aprender nos hace flexibles. Nos hace capaces para dar más desde la humildad de aquel que tiene más preguntas que respuestas. Aunque nos gustaría siempre tener respuesta para todo.

**El Buen Pastor acompaña con su oración a sus ovejas.** Hoy escuchamos: «*Yo, Juan, vi una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de toda nación, raza, pueblo y lengua, de pie delante del trono y del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos. Y uno de los ancianos me dijo: - Éstos son los que vienen de la gran tribulación: han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero. Por eso están ante el trono de Dios, dándole culto día y noche en su templo. El que se sienta en el trono acampará entre ellos. Ya no pasarán hambre ni sed, no les hará daño el sol ni el bochorno. Porque el Cordero que está delante del trono será su pastor, y los conducirá hacia fuentes de aguas vivas. Y Dios enjugará las lágrimas de sus ojos.* Apocalipsis 7, 9. 14b-17. La vocación del pastor se fundamenta en la oración. Permanecer en la oración, en adoración, inscritos en el corazón de Cristo, es el camino para poder conducir a su rebaño a lo más profundo del corazón de Dios. Así podremos vivir el mensaje que le dio el Sagrado Corazón a Sor Josefa Menéndez: «*Háblame, porque estoy contigo. No estás sola, aún cuando no me ves. Yo te veo. Te sigo. Te oigo. Háblame, sonríeme. Porque soy tu Esposo, tu compañero inseparable. Tú en Mí, Yo en ti, ¿qué lazo más estrecho podría unirnos?*». Cristo está en nuestro interior y nos espera. Pero a veces nos cuesta rezar, darle tiempo a Dios para que esté con nosotros. Vivimos corriendo. Hablamos demasiado. Decía San Juan Crisóstomo: «*Que nuestra oración se oiga no depende de la cantidad de palabras, sino del fervor de nuestras almas*». El fervor del corazón. No se trata de tener ideas sobre Dios, sino de amarle con un amor cálido. Orar supone un encuentro de corazones. No queremos saber más cosas sobre Dios, queremos conocerle en lo profundo de nuestro corazón. Sabiendo que está ahí, que no nos deja, que nos sostiene siempre en la grieta de su corazón herido. Allí podremos descansar. María nos educa para ser pastores enamorados de Dios. Para que su amor penetre nuestra vida. Ella va modelando nuestro corazón de piedra para que se pueda abrir a la gracia. María engendra a Cristo siempre de nuevo en nuestra vida. Pero a veces nos cuesta reflejar el amor de Dios en nuestros gestos. Decía una persona: «*Parece mentira que mi vocación sea el amor, ¿qué hacer para sonreír? Si me siento tan amada, ¿por qué me cuesta tanto reflejarlo? Aunque no lo parezca interiormente estoy en paz, descanso en el Señor y en Él encuentro respuestas*». Es la paz que anhela el corazón. La paz de tener un lugar, unos prados en los que descansar en Dios, una fuente en la que calmar la sed. Necesitamos experimentar ese amor de Dios en nuestra vida para poder sonreír, para transmitir una paz que no es nuestra. **El Pastor logra dar la paz cuando su vida descansa anclada en Dios.**

<sup>8</sup> J. Kentenich, “Jornada pedagógica 1951”